

Edgardo Dobry

Contratiempo



Adriana Hidalgo editora

Dobry, Edgardo
Contratiempo -1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013.
98 p.; 19x13 cm. - (la lengua / poesía)

ISBN 978-987-1923-22-9

1. Poesía Argentina I. Título
CDD

CONTRATIEMPO

la lengua / poesía

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Edgardo Dobry, 2013
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-22-9
ISBN España: 978-84-15851-04-2

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.



Un año largo de algo hoy hace
y el martes hará cincuenta meses
y pico de otra cosa no menos importante:
eso anuncia el diario de mañana
–a la mañana– y el noticiero

también de anoche. Lo que apila
la línea de la vista hace estela
encendida, incandescente,

pila anunciada ya obsoleta:
el pino tangible, el áspero
pino mental no menos,
la cuartada de píceas corteza
entre los dientes, menos,

y en las uñas mentoladas,
los dientes o al revés:
la aspiración metalizada

del mar que irrita el ojo.
El mar, sí –máquina perpleja–,
la playa abrillanta en su jabón
y hacia adentro virutas de plata sobre plomo
con más *melifluas flores*

–nombre vulgar: erizos y algas en forma
de escarola– que cualquier

fantasía de todos los poetas
que inventaron las lenguas de hoy
y las muertas porque no sabemos cuánto

duraban sus diptongos largos
(no sabemos ni qué
cosa fuera ya indecible,

no deseable). Llegando a la ciudad
los carteles verdes de la ruta
anuncian “las palabras todas
antiguas aún deben decirlo”.

Bajo una chimenea portuaria
–y el humo es hoy de estrellas–
un hombre se ahoga en torbellino,
otro se tira a rescatarlo
y reaparece en las noticias.

Esa roca que pisás fue líquido hace,
dicen, algunos siglos: podés ver
los grumos espumados. Polución
nocturna del planeta,

baba cuando sueña un terremoto,
escrita en blanco sobre lastras
canas de caliza en la pizarra
su incandescencia efímera

(“fue un hecho *puntual*” diría
el noticiero, “temporario temporal”).
Los pies del siglo,
confusión,
Globo de digestión pesada,

bodega de transatlántico repleta:
silos vaciándose llenándose,

monumento al colapso de la clasificación
en la zona en que el humus

se disuelve, una escoria de la industria
enaltecida en el desuso.

Entra en la verdulería e imagina
cada fruta en su árbol –entra–,
cada árbol en su huerta, cada
savia volviéndose, imagina, jugo

justo cuando el jugo
se va haciendo negra sangre, espesa,
lenta sangre. No una rotación,

un malentendido interminante
que se riza, el sonido llega
que la imagen antes: no lo descifra
el filósofo sajón ya

con su bonete de dormir
–qué ciudad tan mónada, habría
dicho, qué algarabía

de bocinas– ni el senador
que sisa el triple de su sueldo
ni –marioneta angulada en su catéter–
el cirujano que olvidó

un post-it en tu píloro (“coser esto!”)

ni el maestro que hemistiquios
en toda asimetría superpone,
come su pitanza de anapesto
y con papel carbónico hace el lecho.

Hoy otra vez el sol de nosotros
se harta, de nuestras vaguedades,
pasa la tarde lustrando el arcoiris

de nafta grabado en la cuneta.
Prueba mañana pero no te garantizo

que estas supersticiones sean
caducifolias como el almanaque.
Más bien al contrario. Mirá:

adentro del congelador las cubeteras
se evaporan, lo que no debería
dejar de aleccionarte, sólido Sol,

a vos que sos latencia activa.
Y ahora, sentado en tres baldosas

de la cocina, los talones
contra las nalgas como si fueran
parte de una misma entidad, con cuchara
sopera comiéndote un yogur

cuajado de ojos verdinegros de kiwi,
sabés, ya en la noche,
otra noche ya perdida,

que un foso de agua turbia
te divide de

todas las
cosas que pudieran suceder.

Los muertos tendrían acá
–los pobres muertos–
algo más para decir.

De esta canción estábamos conformes:
una potencia meliflua, arborescente,
hablar sin esperanza de respuesta,
templada sensación en la garganta

como la primavera avanzando en una choza
con vistas a cascadas discursivas,
vanos que se abren al decir “acá” o “ustedes”.

Eh, estamos preocupados pero no tanto.

Si dejáramos de cumplir obligaciones
el castigo iba a ser más que sutil.
Estaríamos lejos siempre de un acuerdo.

Y eso que nuestra satisfacción contiene
el espesor de un suspiro que pudiera
bien expresar placer o angustia
o ambas cantidades condensadas.

La templanza es una lágrima que cae
como rastro en la mejilla de babosa.
En la caja tu selección de marca blanca
rima una sola nota interpretada
por un ensamble de cinta y ciberpájaro.

Y el tres por dos, fruición que eriza.

Ahora tenemos tiempo para cosas así.

Ahora tales cosas, así, son nuestra ganancia.

Cuando entrás, suena
tu casa como una campana.

Para evitar los peligros de
la vuelta no ir: mejor no ir,
mejor representar puertos, amoríos

esculpidos en renuncia dura.
Pero cómo soñar sin experiencia
me dicen acá, el señor que va

sentado al lado en el subte
leyendo en un diario deportivo
como en un remate al desalojo:
“DIVORCIO TOTAL ENTRE EL ENTRENA-
DOR Y...”
(el resto, ilegible desde esta posición).

El hombre calla pero qué piensa,
el divorcio total tiende a afirmarse.

Está absorto pero no irradia
retenido en papel basto gastado
por sudor de manos, por aliento.

“Ya no hay aventura –dice–, no hay,
no quieras tampoco imaginarla,

se ha DIVORCIADO TOTALMENTE de nosotros:

serenidad es evocada en emoción,
se juega el clásico mañana.” El diario,

diario deportivo está de parte de cuál.

Carroñera rica en nombres:

urubú, guala, zopilote:

aura tiñosa, cute, jote.

Estamos preocupados, eh, pero no tanto.

Así que habla del regocijo en todo esto,
de las cosas que aquí iban a revelarse:

el sueño, verbigracia, de un alivio

en la corriente de aire de la tarde.

Al fin tenemos tiempo para cosas así.

Decime ahora si la noche incubaba al alba
como una clara incandescente:
la noche, noche, la opacidad palpable
es más antigua que el día.

Exceles de historia universal:
llamada de Isaac a Ifigenia perdida
("contesta por favor, ¡pero contesta!"),
cuánto sacrificio en ese amor,

decoración del tocador de Paris,
nota en la heladera de Faetonte
a su papá: "me llevo

el auto", prehistoria de Cleó
patra narcotizada de perla en el vinagre
disuelta, Baruch –como óptico–
y Polifemo sinóptico.
Edipo
que tuviste

un ojo de más y ahora ninguno,
alabado seas, Nadie.
En la cantina de Kant
enfriando el café cantaba

junto al río reflejado en la nube
una mujer trascendental: ("I kan't!");
sacude un paraíso y emerge
moteada de sombra.
Mientras tanto desarrolle
la ecuación: hoy x mi
≠ a mañana x ti;
no tomaría con Cervantes

cerveza sin conservantes;
la acera encerada,
el cero de acero:
el asunto de tu acento

-----.

Contra el punzón del hambre
chascaba la saliva,
vapor o tronco de manzana asada
sobre el poro del mármol.

Fue la tarde caída como un hacha,
astillas apenas que se apagan
cuando Orión mandaba al perro
a abreviar secreto entre las islas
y vos te dijiste mañana será

más vívido, más fuerte,
todo indeleble para la memoria,
no más tres dimensiones, de cuatro

para arriba, de cuatro

para

arriba.

La ciudad, de noche,
plantación abandonada.
Bronceado de mitología
vuelve de la biblioteca

y ahora sabe que se puede
caer al cielo como a un pozo.

Un poema no tiene nada que ver
—se dice *pero nada que ver con—*

el espíritu, un poema es una plusvalía,
aspiración que no prescribe.

En el cielo nítido como un pdf
el viaje del poeta y de la historia
se cruzaron en la zona
necrosada de la lengua,
cada uno revelado por el otro.

A esas puntas de aulaga que

les gusta a las cabras les gusta
chupar la cal del suelo, la tierra
con silicio les gusta a esas puntas
de aulaga que las cabras mastiquen

pintándose la boca de amarillo.
Y si lloviera una cíclica

concentración curiosa haría
brotar los hongos abajo la hojarasca.
Entonces, ¿qué pasa?
—se pregunta—

¿que era joven ayer y hoy
canoro y quise una sentencia
no terminada en coma?
Buscabas en la guía así

soñó que buscaba en la guía
de Túnez el número de Dido,
situación de agua estancada:
sólo se podía salir hacia arriba

vaporosamente pero ya era tarde,
tantas conciencias
había de distancia entre nuestra estasis

y alguna forma de la fluidez,
pura geometría decaída,
atrás quedaba otra obligación inútil.